

no cesaron las diversiones á que se entregaba cada cual. No pueden apreciarse las riquezas que el rey distribuyó en aquella ocasión.

Los nobles parientes del rey, distribuyeron por orden suya y en su honor trajes y oro rojo, plata y caballos, á muchos hombres valientes. Los jefes que habian venido, se retiraron alegres.

También el fuerte Sigfrido del Niderland dió á sus mil hombres los trajes que habian traído y hermosos caballos con monturas; en adelante podrían vivir como señores.

Antes que los ricos regalos quedaran distribuidos, pareció el tiempo largo á los que tenían deseos de volver á su país. Nunca hubo compañeros de armas mejor tratados. Así tuvieron fin las fiestas; muchos guerreros partieron.

XI.

DE COMO SIGFRIDO VOLVIÓ Á SU PAÍS EN COMPAÑÍA DE SU ESPOSA.

CUANDO los huéspedes partieron, el hijo de Sigemundo dió á los de su acompañamiento: «Nosotros debemos prepararnos para volver á nuestro país.» Cuando su esposa lo supo se alegró mucho.

Así dió á su esposo: «¿Por qué acelerarnos? Mis hermanos deben partir estas tierras conmigo.» Pena causaron á Sigfrido estas palabras.

Los príncipes se acercaron á él y los tres le dijeron: «Sabed señor Sigfrido, que estamos dispuestos á servirlos hasta la muerte.» Al escuchar este ofrecimiento, se inclinó ante los señores.

«Nosotros partiremos contigo» dió el joven Geiselher,

«los campos y las ciudades, que son nuestras, y todo lo que hay en este dilatado reino: con Crimilda tendrás parte de todo.»

Cuando Sigfrido, el hijo de Sigemundo, escuchó estas palabras y conoció la voluntad de los señores, dió: «Dios os haga siempre dichosos á los tres; bastante tiene mi amada esposa.»

«La parte que queréis darle no le es necesaria, por que ella llegará á ceñir corona, y si no perdemos la vida, será más poderosa que ninguna reina del mundo. Para todo lo demás que queráis, estaré siempre á vuestras órdenes.»

Entonces dió Crimilda: «Si no queréis nada de mi reino, los guerreros Borgoñones no tienen tan poca importancia. Cualquier rey puede llevarlos con orgullo á su país. Quiero que de ellos nos den una parte mis amados hermanos.»

El rey Gernot dió: «Escoge los que quieras. Muchos hay aquí que querrán ir contigo. Entre tres mil guerreros toma mil hombres, para que te acompañen.» Crimilda envió enseguida.

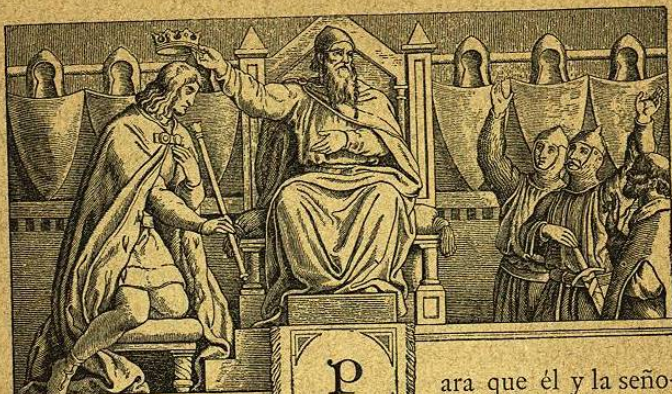
A preguntar á Hagen de Troneja y á Ortewein si ellos ó sus parientes querrian ir con Crimilda. Al saber esto, Hagen experimentó gran despecho y dió: «Gunter no puede cedernos á nadie.»

«Que os sigan otros, pues ya debéis conocer bien las costumbres de los de Troneja. Nosotros permaneceremos cerca del rey y no serviremos nunca más que al que hasta aquí hemos servido.»

No se habló más de aquello. Crimilda se preparó un noble acompañamiento de treinta y dos doncellas y quinientos hombres. Eckwart el margrave siguió á la reina cuando partió.

Se despidieron cortésmente caballeros y escuderos; jóvenes y mujeres. Después de cambiar muchos besos, dejaron con gran placer el país del rey Gunter.

Sus más próximos parientes, los acompañaron buen trecho de camino. En todos los puntos del reino, hicieron preparar alojamiento para cuando quisieran pasar la noche. Al rey Sigemundo le fueron enviados mensajeros,



acompañamiento se vistió en seguida de una manera conveniente.

Le dijeron los que venían al país con Sigfrido, é hizo

Para que él y la señora Sigelinda pudieran saber que iba su hijo con la hija de Uta, la hermosa Crimilda de Worms sobre el Rhin. Nunca habían recibido noticia tan agradable.

« Dichoso me siento » dijo Sigemundo, « por haber vivido hasta el día en que la hermosa Crimilda lleve la corona entre nosotros ! Aun quiero que mi heredero quede más honrado : quiero que mi hijo Sigfrido sea también rey. »

La señora Sigelinda dió al mensajero un traje de terciopelo color escarlata y un gran puñado de plata y oro : este fué el precio de su mensaje. Mucho se alegró de la noticia que acababa de recibir y su

preparar asientos por donde debía pasar ante sus vasallos, puesta la corona. Los guerreros de Sigemundo salieron á su encuentro.

No he sabido que nunca una persona fuera mejor recibida que lo fueron aquellos héroes en el país de Sigemundo. Su madre Sigelinda salió al encuentro de Crimilda con muchas hermosas mujeres y muchos valerosos caballeros.

Lo que dura un día de marcha, se tardó hasta llegar á donde estaban los extranjeros. Los naturales del país, y los extraños habían sufrido muchas incomodidades antes de llegar á una gran ciudad llamada Xanten, donde con el tiempo fué coronado.

Con agradable sonrisa Sigemundo y Sigelinda besaron muchas veces á la hija de Uta y al héroe Sigfrido ; todos sus cuidados habían desaparecido. Los que venían en su acompañamiento, fueron muy bien recibidos.

Hicieron que los huéspedes se aproximaran al salón del rey Sigemundo. Después ayudaron á las hermosas vírgenes á bajar de las hacanéas en que habían ido : allí había muchos caballeros que prestaron este servicio á las hermosas mujeres.

Aunque era de todos conocido el lujo desplegado en la orilla del Rhin para las bodas, dieron allí á los guerreros vestidos mas ricos que todos los que hasta entonces habían llevado. Maravillas podrían contarse de su gran riqueza.

Mientras que los príncipes estaban suntuosamente en su corte, los de su acompañamiento llevaban dorados trajes con galones y piedras engarzadas en el tejido. Así los trató Sigelinda la noble reina.

Así dirigió la palabra á sus amigos : « A todos mis parientes que se hallan aquí, anuncio que en presencia de estos guerreros, Sigfrido vá á ceñir mi corona. » Esta noticia fué recibida con alegría por todos los habitantes del Niderland.

Se le dió con la corona la administración de justicia y el reino haciéndolo señor y rey. Cuando tenía que decidir de lo que á cada uno tocaba, lo hacía con tanta equidad,

que mucho se hacía temer el esposo de la bella Crimilda. En tan elevado honor vivió durante diez años que hizo justicia con la corona ceñida. En tanto la hermosa reina tuvo un hijo de lo que resultó gran satisfacción para todos los parientes del rey.

Se apresuraron á bautizarlo poniéndole por nombre Gunter como á su tío; no debía avergonzarse de llamarse así. Feliz él si se le llegaba á asemejar; lo educaron con gran cuidado como tenía que suceder.

Por aquel tiempo murió la señora Sigelinda; la autoridad en el país fué entonces de la noble hija de Uta, como convenía á reina tan poderosa. Mucho lloraron sin embargo á la que la muerte acababa de arrebatar.

También en las orillas del Rhin, según hemos oído contar, la hermosa Brunequilda dió un hijo al rico Gunter en el país de los Borgoñones. Por el amor al héroe, le pusieron por nombre Sigfrido.

¡Con gran cuidado lo atendían! El poderoso Gunter le dió un preceptor que debía inculcarle todas las virtudes para cuando fuera hombre. ¡Oh! desde entonces la adversidad le hizo perder muchos amigos.

Constantemente se oía hablar de la vida feliz que los guerreros tenían en el país de Sigemundo. Pero bien sabido tenemos que de igual modo vivía Gunter con los suyos.

El país de los Nibelungos se hallaba sometido á Sigfrido, (ninguno de sus parientes había sido tan rico como él) así como también el héroe Schilbungo y sus dominios. Elevados eran los ánimos del héroe.

El valeroso caballero poseía un tesoro más grande que todos los que hasta entonces habían poseído los hombres. Por la fuerza de su brazo lo había ganado al pié de una montaña, y en aquella ocasión dió muerte á más de un bravo guerrero.

Disfrutaba de grandes honores y no hubiera ocurrido nada; se podía haber dicho que aquel guerrero era el más feliz de los que hasta entonces habían montado á caballo. Mucho se temía su fuerza y no sin motivo.

XII.

DE COMO GUNTER CONVINO Á SIGFRIDO Á SU CORTE.

Asi pensaba todos los días la reina Brunequilda. «Muy altiva se manifiesta siempre la señora Crimilda! Su esposo Sigfrido, es vasallo nuestro: mucho tiempo hace que no ha venido á prestarnos homenaje.»

Esto lo tenía en el corazón aunque guardaba silencio; para ella era gran pena que permanecieran ausentes tanto tiempo y hubiera querido saber por que los príncipes no iban á su país.

Preguntó al rey si no le sería posible volver á ver á Crimilda; le habló en secreto de lo que pensaba, pero al rey no le pareció bien lo que su mujer le decía.

«¿Cómo los haríamos venir hasta este país?» preguntó el rey: «esto me parece imposible. Ellos reinan muy lejos de aquí y no me atrevo á invitarlos.» Brunequilda le contestó con grande arrogancia.

«Aunque fuera más rico y más valiente, como vasallo del rey debe ejecutar lo que su señor le mande.» En tanto que decía esto, Gunter sonreía. Nunca se hubiera atrevido á reclamar servicio de Sigfrido.

Ella continuó. «Amado señor, para agradarme haced venir hasta aquí á Sigfrido con vuestra hermana para que pueda volverlos á ver. Nada de la tierra podría serme tan agradable.»

«Pensando en las virtudes de tu hermana, se ensancha mi alma, y también al recordar cuando estábamos juntas en el tiempo en que fuí tu esposa! Con razón puede y debe amar al fuerte Sigfrido.»